

Carlos^rPrieto Aravena

Domingo Melfi Demarco

La noticia, en mi oído, sonó extraña, extravagante, increíble.

Pero sonó muy honda y certeramente.

¡Ha muerto Domingo Melfi!

Las columnas de redacción de este diario lo han dicho ellas mismas: en la primera información no hubo espacio, ni tiempo, ni serenidad de la mente para trazar las líneas, siquiera indispensables, de la complicada y simple silueta espiritual de Melfi.

El periodismo tiene sus deberes.

Pero esa silueta está trazada ya, como su biografía y como el busto desnudo o la «cabeza de estudio», que en buena piedra o mármol, alguien que sepa de arte y sentimiento, pronto habrá de burilarle.

Domingo Melfi, como todos los poderosos del pensamiento, está vivo y palpitante en sus obras. Su especialidad misma no es, precisamente, la que interesa al gran público lector.

Que fué grande y esforzado periodista; que cultivó las letras más difíciles en el ensayo, el análisis, la crítica; que disfrutó de esas facultades tan raras y especiales para sincronizar y sintonizar todas las expresiones artísticas que llegaron hasta su acucioso oído y su retina, eso sí que se puede decir de él sin restricciones.

Y yo, que desde el rincón de mi vida física y literaria, le dedico estas pobres palabras que no podrán darle mayor gloria que la que él mismo se conquistara con su desesperante modestia, yo debo confesar que en el fondo de ese noble espíritu chileno del que Melfi fué un portaestandarte, sigue vibrando ahora, más que antes, la fe en nuestros valores literarios que él tanto defendiera.

Hoy mismo, ya es todo Chile quien se inclina por convicción ante la suprema figura lírica de Gabriela Mistral.

Ayer y mucho antes de los éxitos resonantes que nuestro femenino poeta máximo alcanzara en los ámbitos americanos y europeos, había muchos pobres chilenos que no comprendían ni creían en la personalidad enorme de la autora de «Los sonetos de la muerte».

Uno de esos pobres en bienes del espíritu, pero rico y opulento en lo material, creyó en aquel tiempo cosa fácil el levantarse una estatua para sí (de pies de barro), socavando con sus inclinaciones burguesas y bur-sátiles el sólido pedestal que ya se disponía para recibir y exaltar a la modestísima maestra de escuela que, después de sollozar «El Ruego», las «Interrogaciones»,

«Ceras eternas» y tantos otros poemas taladrantes, había de llegar por justo mérito a honrar a su pueblo conquistando el Premio Nobel de Literatura.

Fué entonces—cuando éramos tan pocos los que creíamos en Ella—y cuando era tan difícil combatir, entrar en duelo con quien tenía el «oro y el moro», que Domingo Melfi Demarco bajó desnudo a la arena de la palestra y en una polémica que recordarán todos los tiempos los periodistas, hizo morder el polvo de su propia incomprensión e ignorancia a aquel pobre rico, negado a todas las más sublimes manifestaciones artísticas.

Pero hoy, Melfi ya no escribe.

Su pluma vivirá, sin embargo. Era de ayer, era de hoy y será de mañana. Era moderna como una estilográfica. Y él la mantenía repleta con buena tinta de sentimiento.